

— ¡Por ahí le llevan pal hespital!... ¡va muy mal herido!... Señor don Juan va tirante en una tabla; los soldados le alaban porque dicen que pelió como los hombres, hasta el último.

Cuando hubieron pasado las terribles sensaciones de aquel día, las pobres familias tuvieron dos pequeñuelos á quien atender: el recién nacido, que, según el general consenso, era el primor más grande que se hubiera visto, y el padre Irizar, que vivía recordando el terrible estruendo de la bomba y hablando en latín á todas horas.



## CAPITULO XVII

## Santa Inés

**H**A del alba sería, cuando el teniente coronel Carbó despertó á Pancho á toda prisa.

— Levántate, subtenientillo; manda el Jefe que con veinticinco hombres marches á Santa Inés á llevar una provisión de pólvora, y que te pongas á las órdenes de Auza.

El tocado del chico era más que compendioso: dormía vestido, y con quitarse el chaquetín, sumergir rostro y manos en agua clara, y fregotearse y escamondarse con un gran estropajo que había tomado de alguna casa, juzgándolo *nullius*, se dió por despachado y empezó á despertar á su gente. Faltaba buen rato para que el sol alumbrara el cielo y la tierra, y faltaba menos para que el cañón francés comenzara á tronar, pues cabalmente se daban á reconocer los auxiliares á la guardia de la es-

quina de la Concordia, cuando oyeron el primer tiro, que por cierto salió de un gran cañón situado del lado de la Siempreviva.

Ya estaba de pie el Jefe, y tan pronto como le avisaron que quería hablarle un enviado de Porfirio, salió á mitad de la nave de Santa Inés, que empezaba á iluminarse con el rosicler del alba.

— Me figuro que el general Díaz habrá arreglado todo lo necesario para ayudarnos á rechazar el asalto que hoy aguardamos.

— Así lo creo, mi Coronel.

— ¿Qué recado le dió á usted?

— Me encargó entregara en sus manos estas cajas y que me pusiera á sus órdenes.

— Bien está; pase y busque al teniente coronel Cosío: él le dará colocación.

— Con permiso de usted, mi Coronel.

Pancho no se picaba de poeta, pero hay un numen especial en el alma del soldado, que le hace verlo todo bajo un aspecto particular, de manera que nadie siente tanto la alegría de vivir como el que puede morir de un momento á otro, ni hay quien comprenda la gloria de la muerte por el deber, como el que puede darla y la lleva consigo como deidad obediente. Aquella alegre mañana en que reían el cielo, los montes distantes, los vivos colores de los uniformes franceses y el campo verde, sólo

había algo fúnebre: aquella posición en que el valiente muchacho se hallaba, dispuesto á rechazar á los asaltantes.

Figuraos la extensa huerta del convento de Santa Inés (ocupada hoy por una fábrica de cerillas, y sin que haya ni dentro ni en sus inmediaciones una sola piedra que indique al viajero que en aquel lugar se realizó una de las más grandes hazañas de la historia mexicana); figuraos, digo, la huerta erizada de defensas, apretada de fortificaciones temerosísimas, llena de soldados apercebidos para el combate, fusil en mano y calada la bayoneta. El



D. MIGUEL AUZA

muro del convento era alto y semejaba un rostro ceñudo; estaba aspillerado de arriba á bajo y causaba pavor, porque se adivinaba que tras aquellas tropas había muchos fusiles dispuestos á la matanza. Una escalera que conducía á las habitaciones de las monjas, había sido destruída y

quedaban de ella solamente dos arcos cegados, dos pilares angostos, y una ventanilla también tapiada, por la cual se antojaba ver salir la cabeza blanca y la cara atrabiliaria de alguna lega vieja que hubiera venido á hacer labor. Luego venían cuatro sucesiones de parapetos, más y más bajos á medida que se acercaban á la salida, repletos de escombros de construcciones derribadas, formándose entre unos y otros, pequeños pasos que servían de atrinchamiento á la gente. Venía después una serie de *abatidas*, formada por los árboles de la huerta con las ramas desnudas y dirigidas hacia el exterior, de redes de alambre unidas por correas, de todo cuanto podía pinchar, herir ó detener el paso. Cerraba las obras la reja del exterior de la iglesia, también erizada de púas y de obstáculos y ligeramente inclinada hacia afuera. La tapia exterior ocultaba estas obras monstruosas.

El tercero de Zacatecas, mandado por el coronel González Cosío, estaba en la planta baja; el quinto, también de Zacatecas y regido por el mismo Auza, estaba en los altos; la artillería la mandaba Cazarín.

A las seis y media, cuando ya era día claro, empezó un fuerte cañoneo contra la tapia de fuera; á las ocho, ocho y cuarto y ocho y media, estallaron tres minas cargadas con cerca de trescientos kilogramos de pólvora; cayó la tapia, pero las defensas interiores quedaron ilesas y los jefes franceses comprendieron la enorme dificultad

que aquello encerraba. La artillería empezó á batir los parapetos, tratando de abrir brecha para el paso de la columna. Imposible conseguirlo; la reja dejaba pasar por sus intersticios todas las balas, que iban á caer en la abatida, casi sin tocar la fortificación; un horrible fuego de fusilería acababa á los artilleros franceses, los tiros se hacían cada vez más distantes y el momento parecía propicio para el asalto...

Precipítase una columna del tercero de zuavos por la brecha que al cabo de aquel fuego tan porfiado habían logrado hacer las balas. Ve Pancho á un oficial moreno, alto como un castillo, barba negra é hirsuta, ojos soberbios y ademán de orgullo. Vestía el brillante uniforme de los *spahis*, alquicel blanco, chaqueta roja bordada en oro, pantalón azul bombacho y botas charoladas.

— *La brèche est praticable; en avant!* gritó á los que le seguían.

Pancho cerró los ojos un momento para abrirlos en seguida de par en par, levantó el mosquete, lo apuntó al oficial, que en aquel punto tenía el rostro vuelto á los escombros que habían levantado las minas, dejó caer el gatillo y el brillante mozo se derrumbó en tierra.

No tardó en penetrar un tropel de zuavos; iban con la cabeza baja, el fusil empuñado, el ademán resuelto y el conjunto de fiereza y ardimiento: estaban realmente bellos los mozos y sentíanse deseos de sorprender su gesto en el

instante aquel. El que iba al frente tropezó con la reja, la contempló un segundo, y sin deliberar, en medio de aquel fuego espantoso, se descinó la vaina del marrazo, la clavó en tierra y cayó de un salto al otro lado, dejando la vaina en el lodo y la *calotte* en los picos de la abatida.

Tras éstos saltaron con prodigiosa habilidad más de cien zuavos y otros se introdujeron por el angosto espacio que había dejado la artillería. Cosío vió la inminencia del peligro y gritó á Pancho:

— Diga á Cazarín y á Ochoa que estén listos con las piezas.

No tuvo tiempo el muchacho de llevar el primer recado; cuando quiso salir al corredor, éste estaba lleno de franceses, y Cazarín, que había conseguido disparar apenas un cañonazo desde el cuarto en que las monjas tenían una fábrica de vinagre y cuatro grandes pipas para destilar el líquido, al ver venir á la turba cerró la puerta y ocultó la pieza tras los barriles.

Ochoa fué más afortunado: hallábase en el hueco entre el muro y la escalera, y al oír lo que Francisco le decía, apenas asomó la cabeza en señal de inteligencia. Por el intersticio que dejaba la boca del cañoncito de montaña, diestramente disimulado en el muro, vió venir Olivos á un zuavo que se adelantaba por el corredor.

— Ya vienen, mi teniente, dijo casi en secreto.

— Espere, contestó el otro, también muy quedo.

En eso los zuavos llegaron á ser no uno ni diez, sino más de cien; el cañón quedó á la vista y uno de los zuavos aquellos metió el marrazo por la hendedura é hirió á Ochoa en el estómago, aunque levemente.

— ¡Ahora es tiempo! gritó Ochoa tirando de la piola.

Salió el tiro y quedaron muertos muchísimos zuavos; los demás contramarcharon, y con la priesa se metieron al cuarto en que se había guarecido Cazarín. Mas no tardó aquel grupo en ser substituído por otro que se introdujo violentamente por el corredor y llegó hasta el segundo patio. Francisco recordaba haber visto en sueños aquel patinillo rodeado de altos muros, con celdillas uniformes, con gentiles arcos volados y ceñidos por una barda de mampostería. González Cosío desgarró tres ó cuatro compañías de su batallón pero en vano; los zuavos son como quinientos y se meten á viva fuerza sin que nadie se lo pueda impedir. De lo alto de los corredores se les hace un fuego terrible, fuego que da idea de un verdadero infierno; los zuavos, por su parte, responden en idéntico tono, y apenas observan que se adelanta una cabeza, al vuelo le apuntan y dejan muerto al dueño. Así perece el pobre teniente coronel Mateo Salas, que tiene la imprudencia de asomarse un poco, y así perecen otros muchos jefes y oficiales.

Cosío y Auza comprenden entonces su papel; hay que acorrallar á los franceses, no hay que batirles; y en cuanto

á los que aparecen por todas partes, es necesario intentar nuevos combates para impedir que se junten y emprendan un nuevo asalto. Auza en compañía de Lalanne está en una de las piezas de la planta alta; dispone algo, cuando repentinamente siente que vacila el suelo bajo sus pies; quiere avanzar más y tropieza nuevamente: en ese momento se derrumba el piso y queda entre los escombros; todavía tiene tiempo de gritar al compañero:

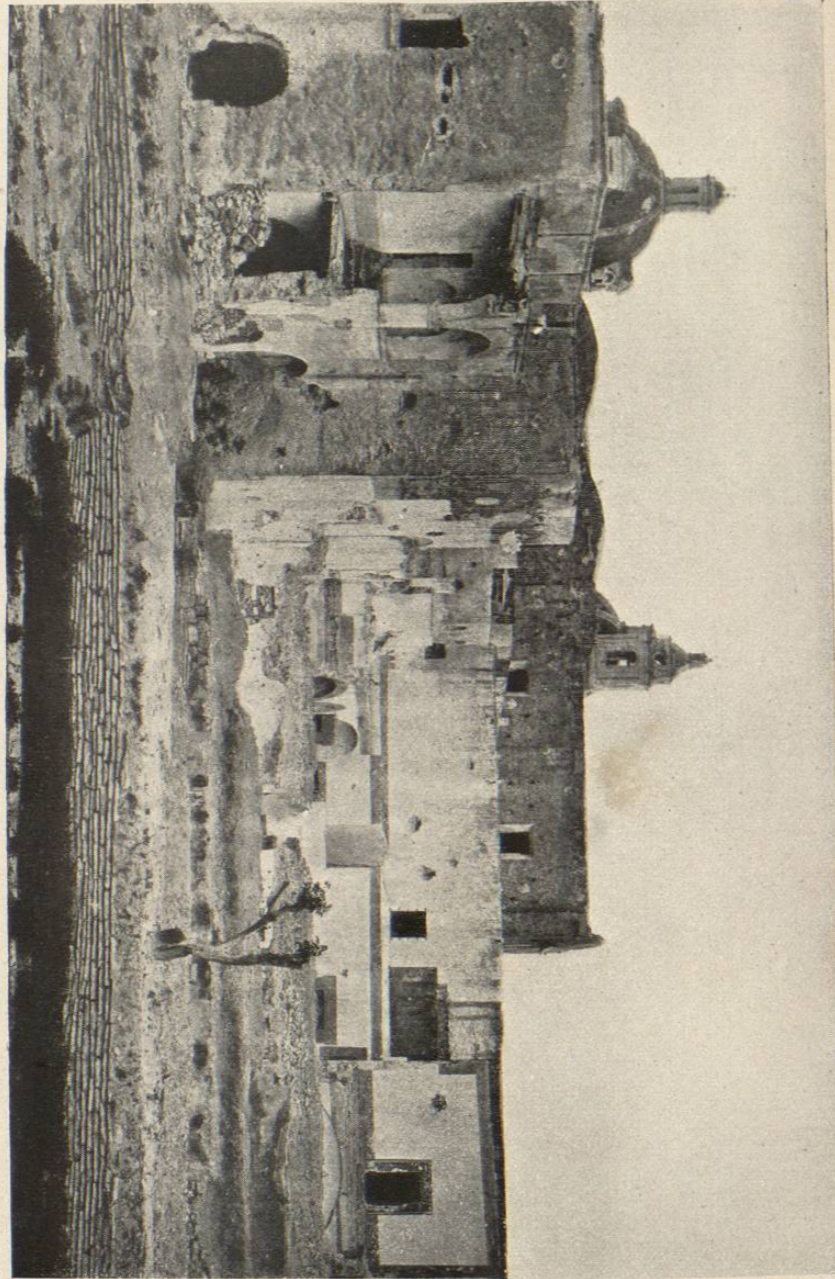
— ¡Substitúyame unos instantes y mande quién me saque!

Ya habían ido en auxilio del Jefe cinco ó seis cabos y sargentos de Puebla y Zacatecas y el teniente Teodoro Hoffay, que empezaron á remover escombros y á hacer esfuerzos terribles por sacar al maltratado Coronel. El cual estaba metido casi hasta el cuello entre el cascote y las piedras, teniendo libres tan sólo la cabeza y la mano derecha. Los franceses, comprendiendo que algo había pasado, comenzaron á hacer fuego contra el grupo; los escombros se apretaban más á cada cañonazo; era imposible conseguir que saliera un trozo siquiera del cuerpo del desgraciado Auza, antes por el contrario, se sumergía más en dirección del vacío, en que hubiera quedado perdido sin remedio, pues el techo estaba todavía pendiente de algunas vigas, y al desplomarse éstas todos se habrían despeñado á una sima que parecía trampa.

Pancho, que oyó el estrépito, acudió á toda prisa cre-

yendo que el edificio entero se había venido abajo. Se encontró á don Miguel pálido, con los bigotes y el pelo blancos por la polvareda, mas entero y firme como nunca.

— No quiero tanta gente aquí conmigo; hacen falta allá fuera; si no, se nos mete la canalla... Bien, bien; ya se va aflojando esto, pero aún nos queda esta gran piedra que me rompe los riñones... ¡Demontre, y cómo aprieta el diamante del anillo que traigo en la mano! Díganle á Manuel Cosío que no ceje en la defensa; es cosa de poco tiempo. ¿Que se porta bien?... Ya lo creo que se porta; «es Guzmán y es hijo mío»... Por mí no avisen á mi compadre Ortega... aunque sí, comuníquenle que conviene mandar aquí más gente para acabar con los franchutes... mil gracias, subteniente; pero no hale tan recio, porque tengo el brazo hecho pedazos... ¿Sigue tirando San Agustín? ¿Todavía dirige Porfirio la defensa?... ¡Caramba, vaya si duele la pierna!... ¡Cuidado, cuidado; la tengo entre dos vigas y el pie no puede salir!... Al fin, hombre de Dios... ¡Ay, ay, ay! Dígame, ¿consiguió Régules rechazar á la columna? ¡Dios de Dios, cómo tiran! al fin ya estamos fuera!... Tupe mucho la artillería francesa, y los cazadores empiezan á dirigir balas hacia acá... Retírense algunos, que si no vamos á tener una matanza horrible... Teodoro, présteme su hombro, que quiero ver si puedo caminar con mis piernas... Eso, eso; aprieta la fusilería nuestra y se calla el cañón francés... Imposible andar;



Santa Inés, después de la rendición de la plaza

Reproducción directa de una fotografía